EL ORDEN Y NUESTRO DESORDEN

PIOTR KROPOTKIN

EL ORDEN Y NUESTRO DESORDEN

PIOTR KROPOTKIN

Piotr Alekséyevich Kropotkin
El Orden,
Nuestro Desorden,
La Necesidad de la Revoluición,
La Expropiación 1906

edición pirata. abril 2025

Ningún Derecho Reservado,
Reconocemos Autoria, no la propiedad privada

incentimavamos a reproducir por todas formas este documento

El Orden

Con frecuencia se nos reprocha haber aceptado como divisa la palabra anarquía, que tanto temor infunde en los espíritus: "Vuestras ideas son hermosas, se nos dice, pero convenid con nosotros en que los nombres que las sintetiza ha sido elegido torpemente." "Anarquía, en el lenguaje corriente, es sinónimo de desorden, de caos, esa palabra despierta en los espíritus la idea de lucha entre intereses contrarios de individuos que se combaten, de un estado en que la armonía no puede establearse entre hombres."

Empecemos primero por hacer la observación de que ninguna idea que represente una tendencia nueva puede elegir desde un principio un nombre que exprese perfectamente sus aspiraciones. No son los mendigos de Brante los que inventaron este nombre, tan popular actualmente; pero primero como apodo y como sobrenombre bien puesto, admito más tarde por los partidarios en general, convirtiese pronto en nombre propio. A pesar de todo lo que la preocupación predisponga en contra, se convendrá con nosotros en que la palabra encierra una idea.

El nombre de "descamisados" en 1793, ¿no era un calificativo parecido? Los enemigos de la revolución popular fueron los que lo inventaron. Este nombre representaba, no obstante su significación despreciativa, el ideal de la sublevación del pueblo, de la multitud harapienta, harta de miseria, contra todos los realistas, patriotas y jacobinos, bien vestidos de continua etiqueta que, a pesar de sus pomposos discursos y del incienso quemado ante sus estatuas por los historiadores burgueses, eran los verdaderos enemigos del pueblo, hacia el que sentían un profundo desprecio por su miseria, por su espíritu libre e igualitario, por su entusiasmo revolucionario.

Lo mismo sucedió con el nombre de nihilismo, que tanto ha servido a los periodistas para inventar intrigas a su costa. Sobre el popularismo nombre se ha hecho juego de palabras, buenos y malos, hasta que se han convencido de que no servía de bautismo a una secta barroca, casi religiosa, sino a una fuerza verdaderamente revolucionaria. Lanzado a la publicidad

revolucionaria por Tourgueneff en su novela << Los Padres y los Hijos >>, fue admitido por los “Padres”, que creían vengarse así de la desobediencia de los “Hijos”. Los hijos aceptaron el nombre y cuando mas tarde se dieron cuenta que se prestaba para falsas interpretaciones y quisieron cambiarlo, ya no les fue posible. La prensa y el público no querían reconocer a los revolucionarios rusos mas que con el nombre primitivo. Además el calificativo no había sido mal elegido, puesto que encerraba una idea también; expresaba la negación en conjunto de los hechos de la civilización actual, basada en la presión de una clase por otra; la negación del régimen económico actual, la negación del gubernamental ismo y del poder, de la política burguesa, de la ciencia rutinaria, de la moralidad capitalista, del arte puesto al servicio de los explotadores, de los usos y costumbres grotescos y de la detestable hipocresía que los siglos pasados han legado a la sociedad actual, en resumen la negación de todo cuanto la civilización burguesa rodea en nuestros días de veneración.

Lo mismo ha sucedido con los anarquistas, cuando del seno de la Internacional surgio un grupo que negaba en la Asociación, y la combatía en todas sus formas, se llamó primero partido federalista, luego anti estadista y anti autoritario. Por entonces hasta evitaba el llamarse anarquista, la palabra anarquía (entonces se escribía así) parecía aproximar demasiado los anarquistas a los proudhonianos, a quienes la Internacional combatía en aquel tiempo por sus reformas económicas; a causa precisamente de ese antagonismo, los adversarios se conocían llamándoles anarquistas; además, con ese nombre pretendían los enemigos probar, que quienes lo ostentaban, no sentían otra ambición que la de fomentar el desorden y el caos, sin pensar en los resultados, entonces la fracción anarquistas aceptó el nombre con toda si significación y consecuencia. Se discutió un poco sobre el pequeño guion que separaba el an de arquia, explicando que con esta forma, la palabra an-arquia, de origen griego, quería decir ausencia de todo poder, y no desorden; pero bien pronto convinieron en toda su magnitud, sin preocuparse en la inútil tarea de rectificar a los correctores de imprenta, ni dar al publico lecciones de griego.

La palabra volvió, pues, a pues significación primitiva, ordinaria, común, tal como la definió en 1816 el filosofo ingles

Bentham: “la filosofía que desea reformar una mala ley, decía, no predica la guerra contra ella”. “el carácter del anarquista es muy diferente”. “Niega la existencia de la ley y su validez, excita a los hombres a desconocerla como ley y a sublevarse contra su ejecución”. El sentido de la palabra se ha ensanchado mucho hasta hoy; la anarquía niega no solamente las leyes existentes, sino todo poder establecido, toda autoridad; le esencia sin embargo continúa siendo la misma: la rebeldía contra todo poder, contra toda autoridad en cualquiera forma que se manifieste.

“pero esta palabra, aunque solo sea por prejuicio, nos dicen, infunde en los espíritus el temor del desorden, al caos”

Entendámonos ante de entrar en materia. ¿De qué orden se trata? ´ ¿Es el orden de la armonía que nosotros anhelamos; de la que se establecerá en las relaciones humanas cuando nuestra especie acabe de estar dividida en dos clases y de se devorada una por otra? ¿Es acaso de la armonía que resultará de la solidaridad de los intereses cuando todos los hombres formen una misma y única familia, cuando cada uno trabajará para el bienestar de todos, y todos para el de cada uno? No, por cierto. Los que reprochaban a la anarquía ser la negación del orden, no hablan de la armonía del porvenir; se refieren al orden tal cual se define en la organización social actual. Veamos, pues, que orden es este que la anarquía quiere destruir.

Lo que hoy se entiende por orden, según los partidarios de lo existente, los individualistas, en la monstruosidad de que hayan de trabajar nueve decimas partes de la humanidad para procurar lujo, felicidades y satisfacción de todas sus pasiones, hasta las más execrables, a un puñado de holgazanes. El ordenes probar a la mayoría, a cuantos trabajan, de lo que se necesita para una vida higiénica, para el desarrollo racional de las facultades intelectuales; es reducir a nueve decimas partes de la humanidad al estado de bestia de carga, viviendo apenas al día, sin derecho ni siquiera a pesar en los goces que al hombre procura el estudio de la ciencia, la creación del arte…

El orden es la miseria y el hombre convertidos en estado normal de la sociedad; es el campesino irlandés muriendo de inanición, el campesino ruso muriendo de difteria, de tifus, de hambre a consecuencia de la escasez, en medio de montones de

trigo que se exportan al extranjero; es el pueblo italiano obligado a abandonar la fértil campiña de su país, para rodar por Europa buscando túneles que perforar y rudos trabajos que hacer, en donde expone su vida diariamente y en donde muere aplastado en plena juventud; es la tierra arrancada al campesino, para destinarla a engordar ganado que sirve para nutrir gandules; es el suelo baldío, abandonado, sin cultivo, antes de restituirlo a quien le arrancaría con el esfuerzo de sus brazos el pan sangrado de su familia. El orden es la mujer que se vende para alimentar a sus hijos, es el niño reducido al presidio de una fábrica, o a morir de hambre; es el obrero convertido en máquina. Es el fantasma del obrero sublevado a las puertas del rico, el pueblo indignado, armado cual gigantesca Némesis, a las puertas de los gobernantes.

El orden es una minoría insignificante, educada en las cátedras gubernamentales – que por esta sencilla razón se impone a las mayorías - y educa a sus hijos para ocupar más tarde las mismas funciones, con objeto de mantener los mismo privilegios, por la astucia, la corrupción, la fuerza y el crimen; es la guerra continua de hombre a hombre, de oficio a oficio, de clase a clase, de nación a nación; es el cañón sin cesar en Europa un solo instante su estampido de mierte; es la devastación de los campos, el sacrificio de generaciones entreras en la guerra; la destrucción en un solo año de todas las riquezas acumuladas en muchos siglos de ruda labor.

El orden es la servidumbre, el embotamiento de la inteligencia, es el envilecimiento de la raza humana, mantenido por el hierro, por el látigo y el fuego; es la muerte continua por el grisú, sepultado a miles de desventurados mineros destrozados, convertidos en piltrafas por la rapacidad de los patrones o ametrallados, acribillados a bayonetazos, si intentan quejarse de su suerte negra. El orden, en fin, es el lago de sangre en que ahogaron a la Commune de Paris; es la muerte de treinta mil hombres, mujeres y niños, destrozados por las bombas y metralla, enterrados en el blanco sudario de cal viva en las calles de Paris; es el destino de la juventud rusa condenada a podrirse en las cárceles y a ser sepultada en las nieves de Siberia, y los mejores, los mas enérgicamente puros, los mas heroicos, a morir ahoracdos por la cuerda del verdugo, ¡He ahí el Orden!

Nuestro Desorden

Veamos el desorden, lo que las gentes sensatas llaman desorden.

Es la propuesta del pueblo contra en innoble orden presente, la protesta para romper cadenas, destruir los obstáculos y marchar luchando hacia un porvenir mejor. El desorden es el timbre mas glorioso que la humanidad tiene en su historia.

Es el despertar del pensamiento la víspera misma de las revoluciones, la negación de las hipótesis sancionadas para la inmovilidad de los siglos precedente; el germen de un raudal de ideas nuevas; de invenciones maravillosas, de obras audaces; es la solución de los problemas científicos.

El desorden es la abolición de la esclavitud antigua, la insurrección de los pueblos, la supresión de la servidumbre feudal, las tentativas de abolición de la esclavitud económica; es la rebeldía del campesino contra el clero y los señores, incendiando los palacios para engrandecer su choza, saliendo de lóbregos tugurios para disfrutar del sol y del aire; es la Francia aboliendo la monarquía y dando un golpe mortal a la tirania en toda Europa occidental.

El desorden es el 1848 haciendo temblar a los reyes y proclamando el derecho al trabajo; es el pueblo de Paris luchando por una idea nueva y que, a pesar de haber sucumbido ametrallado, liga a la humanidad la odea del "municipio libre" que abre camino hacia la gran revolución que nosotros deseamos, la revolución social.

Lo que llaman desorden son esas épocas durante las cuales generaciones enteras sostienen luchas incesantes y se sacrifican, preparando a la humanidad para un mundo mejor, liberándola de la tiranía y la servidumbre del pasado; son esos periodos, durante los cuales el genio popular se desenvuelve y hace en pocos años pasos gigantescos sin los que la humanidad no hubiera salido de la esclavitud antigua, ni el hombre hubiera dejado de ser bestia envilecida por la tiranía y la miseria, el desorden es el germen de las hermosas pasiones, de los mas grandes heroísmos, es la

epopeya del supremo amor a la humanidad.

La palabra anarquía, que implica la negación del orden actual e invoca el recuerdo de los mas bellos momentos de la vida de los pueblos, ¿no está bien elegida para calificar a una falange de hombres que van a la conquista de un porvenir de libertad y amor para nuestra especie?

Necesidad de la revolución

Hay épocas en la vida de la humanidad, en que la necesidad de una formidable sacudida, de un cataclismo que remueva la sociedad, hasta en sus entrañas, se impone sobre todos los puntos a la vez. En estas épocas todos los hombres de corazón están descontentos del orden de cosas existentes, dicen que es preciso el que grandes acontecimientos vengan a romper el hilo de la historia; arrojar a la humanidad de los caminos de corrupción y la rutina, y lanzarlas por vías nuevas a lo desconocido, en busca del ideal.

Se siente la necesidad de una revolución inmensa, implacable, que venga, no solo a derrumbar al régimen económico basado sobre la ruda explotación, la especulación y el fraude, la escala política basada en la dominación de unos cuantos por la astucia, la intriga y la mentira, sino también a agitar la sociedad en la vida intelectual y moral, sacudir el estupor, rehacer las costumbres, llevar al ambiente de pasiones viles y mezquinas de momento en soplo vivificador de las nobles pasiones, de los grandes entusiasmo, de los generosos ideales.

En esas épocas, que la mediocridad ahora toda inteligencia si no se prosterna ante los pontífices, que la moralidad mezquina del justo medio hace la ley, y la bajeza reina victoriosa; en estas épocas, repetimos, la revolución es una imperiosa necesidad. Los Hombres honrados de toda la sociedad invocan la tempestad para que venga purificar con su habito de fuego la peste que todo lo invade, a limpiar el enmohecimiento que lo roe todo y arrastra tras sí, en su furiosa marcha, los escombros del pasado, erigidos en obstáculo, privándonos de aire y luz, y para que dé, en fin, el mundo entero alientos de vida, de juventud y honradez.

No es solo la cuestión del pan la que se pone en esas épocas, sino una cuestión de progreso, contra la inmovilidad; de desarrollo humano, contra el embrutecimiento; de vida contra la fétida estancación del pantano,

La historia nos conserva el recuerdo de una de esas épocas, la de la decadencia del imperio romano; la humanidad atraviesa hoy una muy parecida.

***

Como los romanos de la decadencia, nos hallamos nosotros frente a una transformación profunda, hecha ya en los espíritus, y que solo necesita circunstancias favorables para traducirse a la realidad. Si la revolución se impone en el terreno económico, si es una imperiosa necesidad en el terreno político, se impone mas aún en el terreno moral,

Sin lazos morales, sin ciertas obligaciones que cada miembro de la sociedad se crea con relación a los demás miembros, que pasan luego al estado de costumbre, no hay sociedad posible, los lazos morales y los hábitos de sociabilidad los hallamos en todos los grupos humanos, y muy desarrollados y rigurosamente puestos en práctica en las tribus primitivas entera en sus orígenes.

Pero la desigualdad de las condiciones, la explotación del hombre por el hombre, la dominación de las masas por unos cuantos, han venido a minar y destruir esos preciosos productos de la vida primitiva de las sociedades. La grande industria, basada en la explotación, el comercio fundado sobre el fraude, la dominación de los que se titulan "gobierno" no puede coexistir con los principios morales, apoyados sobre la solidaridad para todos, que encontramos un medio de las tribus mas distantes de nuestra vida moral civilizada. ¿Qué solidaridad puede existir, en efecto, entre el capitalista y el obrero que éste explota? ¿Entre el jefe del ejercito y el soldado, el gobernante y el gobernado?

Así vemos que la moral primitiva basada sobre el sentimiento de identificación del individuo con todos sus semejantes, ha sido substituida por la moral hipócrita de las religiones. Estás han procurado y procuran legitimar con sofismas la explotación y la esclavitud, y se limitan simplemente a hablar mal de los actos

mas brutales de otro estado. Su moral mata en el individuo las obligaciones para con sus semejantes y le impone la sumisión y el respeto a un ser supremo, a una abstracción invisible, cuyo furor puede conjurarse comprando su benevolencia al precio que sus servidores indiquen.

Pero las relaciones, cada día más frecuentes, establecen hoy entre los individuos, los grupos, las naciones y continentes, nuevas obligaciones morales para la humanidad; y a medida que las creencias religiosas se desvanecen, el hombre se da cuenta de que para ser feliz debe imponerse, deberes, no con un ser desconocido, sino con aquellos con quienes ha de estar en relaciones. Se va ya comprendiendo por los cerebros libres que la felicidad del hombre aislado no es posible, porque solo pueda hallarla en la felicidad de todos, en la libertad de la especie humana. Los principios negativos de la moral religiosa: "No robarás, no matarás, etc." Los substituyen los principios positivos, infinitamente mas amplios, y ensanchándose más cada día, de la moral humana. A la defensa de un dios que podemos violentar y apaciguar con ofrendas, ha sucedido el sentimiento de solidaridad con cada uno y todos a la vez que dice al hombre: "si quieres ser feliz, haz a los demás lo que quisieres que te hicieren a ti mismo," y esta sola afirmación inducción científica que no tiene nada que ver con las prescripciones religiosas, abre de golpe un horizonte inmenso de perfectibilidad y de mejora de nuestra especie.

La necesidad de rehacer nuestras relaciones sobre ese principio tan sencillo y sublime, se hace sentir mas cada día; pero nada o muy poco, al menos, puede hacerse por este camino, mientras que la explotación y la esclavitud, la hipocresía y el sofisma continúen siendo la base de nuestra organización social.

***

Mil ejemplos podríamos citar en apoyo de nuestra tesis, pero nos limitamos a uno solo, al mas terrible, al de nuestros hijos. ¿Qué hacemos de ellos en la sociedad actual?

El respeto a la infancia es una de las mejores cualidades que se han desarrollado en la humanidad a medida que hacía se penosa marcha del estado salvaje a su actual estado. ¿Cuántas

veces no hemos visto al hombre mas depravado desarmado por la risa inocente de un niño? Pues bien; hasta ese respeto desaparece de entre nosotros, y los niños son hoy carne de maquina en nuestra sociedad, sino son juguetes para satisfacer las más bestiales pasiones.

***

Todo podemos ver las largas y penosas jornadas que nos niños hacen en fábricas, campos y talleres; así se les mata físicamente, pero aun esto es poco. La sociedad lleva su infamia hasta matarlos moralmente.

Reducido la enseñanza a un aprendizaje rutinario que no da ninguna aplicación a las jóvenes y nobles pasiones y a la necesidad de ideales que la mayor parte de los niños sienten a cierta edad, la sociedad hace que toda naturaleza independiente, poética o altiva, tome odio a la escuela, se encierre en la misma y vaya, lejos de la verdad y el bien, a procurarse una satisfacción a sus pasiones. Uno busca en la novela la poesía que les ha faltado en la vida y se atiborran de esa literatura inmunda, fabricada por la burguesía a quince o veinte céntimos entrega, y a poca predisposición que tengan hacia el extravió, acaban como joven Lamaitre, por abrirse el vientre o cortar el cuello a otros niños con el propósito deliberado de hacerse "asesino célebre". Los otros se dan a una vida execrable, y solo los niños del "justo medio", lo que no tienen pasiones ni entusiasmos, no sentimientos de independencia, llegan sin accidentes al fin apetecido.

Estos dan a la sociedad su contingente de burgueses honrados con mezquina moralidad, que no roban, es cierto, el sombrero a los paseantes, pero que saquean "con decencia" a sus clientes; que carecen de pasiones, pero hacen ocultamente visitas a sus amigas para desembarazarse de la grasa monótona que el buen puchero crea y, arrastrándose con hipocresía por el cieno, invocan el santo nombre de la justicia cuando cualquiera intenta tocar sus riquezas. Eso los niños. En cuanto a las niñas, la burguesía las corrompe desde la más tierna edad, lecturas absurdas, muñecas coquetamente vestidas, costumbres y ejemplos edificantes de madres "honradas", nada le faltará a la nula para que en su día

sepa venderse a quien mas dé. Además, estas criaturas siembran la gangrena a su alrededor; las hijas del obrero ¿no miran con envidia a las elegantes burguesitas, voluptuosas y coquetonas a los doce años? Pero si la madre es "virtuosa" del modo que lo son las buenas burguesas, la educación será peor todavía. Si la niña es inteligente y apasionada apreciará muy pronto en su justo valor esta moral de doble fondo que se sinteriza con la frase siguiente: "Ama a tus semejantes, pero estáfalos cuanto sea posible".

"Sé virtuoso, pero hasta cierto punto"; y ahogada en esta atmosfera se baja moralidad, no hallado en la visa nada hermoso, sublime y atractivo que respire verdadera pasión, se arroja con la cabeza gacha en los brazos del primero que salga con tal de que le satisfaga sus apetitos de vanidad y lujo.

***

Meditad estos hechos, reflexionad sobre las causas que lo producen y decidnos si tenemos razón en afirmar que se necesita una revolución formidable para arrancar de nuestra sociedad el mal, hasta en sus más hondas raíces, porque mientras las causas de la gangrena existan, nada podrá curarse.

Mientras tengamos una casta de holgazanes que vivan de nuestro trabajo, so pretexto de que son necesarios para dirigirnos, estos holgazanes serán siempre un foco pestilente para la moral pública. El hombre gandul y embrutecido, que se pasas la vida buscando nuevos placeres y en quien todo sentimiento de solidaridad para con los demás está muerto por los principios mismos de la existencia, y al contrario, los sentimientos del más asqueroso egoísmo se nutren con la práctica de su propia vida, ese hombre pecará siempre de la más grosera sensualidad, envileciendo cuanto toque. Con un saco de escudos y sus instintos de bruto, prostituirá niños, mujeres, arte, teatro, prensa, venderá su país y a quienes lo defiendan: cobarde para matar el mismo, asesinará lo mejor y mas sano de su patria, por seres como el corrompidos, el día que vea en peligro su bolsa, único manantial de sus alegrías y felicidades.

Esto es fatal, y los escritos de los moralistas no lo evitarán. La peste está en nuestras entrañas; es preciso destruir la causa;

su decidimos proceder por el hierro y por el fuego no tenemos tiempo que perder. Nos lo exige la salud de la humanidad que se halla en inminente peligro.

La Expropiación

Nosotros no somos los únicos en creer que Europa se halla en vísperas de una gran revolución. La burguesía, que empieza por su parte a ver la verdad de la situación, lo consigna en sus grandes periódicos. Hace poco el Times así lo reconocía en un artículo, tan interesante por las verdades en él expuestas, como por ser el periódico más burgués del mundo y cuya serenidad es tal que sis lectores sanes que jamás se alarma de nada. En este artículo, burlándose de las virtudes espartanas del ahorro y la obtención, invita a la burguesía a reflexionar sobre la suerte que nuestra sociedad tiene reservada a los trabajadores y a estudiar sobre las concesiones que se les deben hacer, puesto que su situación justifica el derecho a no estar contentos. El Diario de Ginebra, especie de papel destinado a defender todas las tropelías burguesas, reconoce también que la republica no se ha ocupado bastante de la cuestión social. Muchos otros periódicos que nos repugna nombrar, pero que son expresión fiel de la gran burguesía y alta banca, se preocupan ya de la suerte reservada en un porvenir no lejadno del pequeño patrono, obligado a trabajar con sus obreros, y al propio tiempo señalan con alarmante sinceridad de ola de irpas populares que subre amenazadora a su alrededor.

Los reciente acontecimientos en la capital de Austria, la sorda agitación que reina en todo el norte de Francia, los acontecimientos de Irlanda y Rusia, los movimientos de España y otros miles indicios que todo el mundo conoce; los lazos de solidaridad que unen a todos los trabajadores de Francia entre sí y con los de los demás países, lazos impalpables que en un momento dado hacen latir al unisono a todos los trabajadoresy los une en solo haz, bastante mas formidable que cuando la unión estaba representada por un comité cualquiera, confirma claramente nuestras previsiones.

En fin, la situación, en Francia, sobre todo, que entra de nuevo en la fase donde todos los partidos que ambicionan el poder están

prestos a tenderle la mano amiga para intentar un golpe decisivo; la actividad de sus diplomáticos, redoblada por el presagio de la guerra europea: las consecuencias inevitables de esta guerra que traerá necesariamente la insurrección popular en los países invadidos y vencidos, son hechos que, producidos en conjunto en una época rica en acontecimientos con es la nuestra, nos hace suponer, con sobrado fundamento, que nos hemos aproximado sensiblemente a la gran Revolución.

La burguesía comprende todo esto y se prepara para resistir por la violencia, único medio que conoce y que está dispuesta a emplear; está dispuesta a resistir cueste lo que cueste, aunque sea asesinado a cientos de miles de obresos, con tal de asegurar su dominación, ante el horror de la matanza no hay temor que retroceda. Lo ha demostrado suficientemente en el campo de marte en 1790, en Lyon en 1831 y en París el 49 y el 71. Con tal de salvar su capital y el derecho a la holganza, todos los medios parecerán buenos a los canallas de levita.

Su programa de acción es terminante. ¿Podemos nosotros decir lo mismo?

Para la burguesía, ametrallar al pueblo es un programa de resultados positivos; solo necesita soldados a quienes confirmar la ejecución; que sean franceses, alemanes, o turcos no importa, puesto que su ambición no es otra que mantener lo existente, prolongar el status quo, siquiera sea por unos años más; según su modo de pensar, la cuestión se reduce a la lucha armada. Para los trabajadores el problema se presenta de muy distinto modo, puesto que lo que pretenden es modificar el orden de cosas existentes; para esto la cuestión no están odiosamente sencilla, sino al contrario, vasta, inmensa. La lucha sangrienta, para la que debemos estar preparados al igual que la burguesía, no es, sin embargo, para nosotros, mas que un accidente de la batalla que hemos de sostener con el capital. Aterrorizar a la burguesía para luego dejarla en el mismo estado, seria esterilizar nuestro esfuerzo y hacer infecunda la revolución; nuestra finalidad es mucho más amplia que matar, nuestros puntos de vista alcanzan una altura que la burguesía no puede concebir.

Para nosotros el problema es abolir la explotación del hombre por el hombre; poner fin a las iniquidades, a los vicios, a

los crímenes que resultan de la holganza de unos y la esclavitud económica, intelectual y moral de otros. El problema es inmenso por consecuencia, pero puesto que con tanta magnitud lo han legado los pasados siglos a nuestra generación; puesto que somos nosotros lo que nos hallamos en la necesidad histórica de trabajar para su completa solución, debemos aceptar heroicamente la tarea que nos ha sido impuesta por la historia al mismo tiempo que el problema. Esta tarea corresponde a todos los trabajadores del mundo y se ha propagado por Europa; es el resumen del desarrollo económico e intelectual de nuestro siglo. Es la expropiación, es la anarquía.

Si la riqueza social queda entre las manos de los que actualmente la poseen; si la fábrica, el campo y el taller quedan en posesión de los que hoy son propietarios; si los caminos de hierro y los medios de transporte continúan siendo de las compañías e individuos que los han acaparado; si la propiedad urbana en los pueblos y ciudades queda en poder de sus actuales propietarios, en vez de ponerlos la revolución a disposición de los trabajadores; si todos los tesoros acumulados en las bancas y casas particulares no vienen a pertenecer a la colectividad, puesto que todos han contribuido a su creación; si el pueblo sublevado no toma posesión de todos los utensilios y provisiones almacenados en las grandes ciudades y se organiza de modo que estén a disposición de todos lo que quieran cultivar el suelo; si se constituye nuevamente una clase de gobernantes que ordene a los gobernados, la insurrección no será una revolución, habrá que comenzar nuevamente la obra; no se habrá hecho nada sin perder tiempo y energías. El obrero después de sacudir el peso de un yugo, se habrá de uncir a otro igual, tendrá que sufrir el dolor del latigazo, el aguijón del amo, la arrogancia de sus jefes, los vejámenes y crímenes de los holgazanes, son contar con el terror blanco, las deportaciones, y ejecuciones, la danza desenfrenada de los asesinos sobre los cadáveres de obreros.

¡Expropiación! He ahí el santo y seña que se impone para la próxima revolución so pena de faltar a la misión histórica. La expropiación completa de todos los que poseen medios de explotar a los demás seres humanos, la vuelta a la comunidad de la nación de todo cuanto entre las manos de unos cuantos pueda

servir de explotación a nadie.

Hacer de motod que todo el mundo pueda vivir trabajando libremente, sin verse forzado a vender su trabajo y su libertad a otros que acumulan las riquezas con el esfuerzo de sus esclavos, he ahí lo que debe hacer la próxima revolución.

Hace mas de 20 años que este programa, al menos en su parte económica, ha sido aceptado por todos los socialistas. Cuando se llamaban socialistas así lo admitían sin reticencias de ninguna especie. Desde entonces son tantos los caballeros de industria que han venido al campo socialista a explotar en beneficio propio y han hecho tantos recortes en el programa, que actualmente solo los anarquistas lo defienden con integridad. Se ha mutilado, lo han llenado de frases huecas que se pueden interpretar a voluntad, según le plazca y convenga a cualquiera; se le ha reducido de tal modo que la burguesía no solo no tiene ningún inconveniente en aceptarlo, sino que admite entre sus huestes a los sofisticadores del programa. La tarea, pues, de programarlo sin restricción de ninguna especie y en todas partes, corresponde por completo a los anarquistas, y estos, afortunadamente, no confían a nadie tan sublime empresa.

Seria un error funesto creer que la idea de expropiación ha penetrado ya en la conciencia de todos los obreros y que es una convicción por la cual los hombres están dispuestos a sacrificar su vida. Muy lejos de esto. Existen todavía muchos millones de individuos que son han oído hablar alguna vez de expropiación ha sido por boca de los enemigos de la emancipación obrera. Además, entre los mismo que la admiten cuan pocos son los que la han examinado en sus diversos aspectos, con todos sus detalles. Sabemos, es cierto, que la idea de expropiación será durante el periodo revolucionario cuando harpa mas adeptos; durante ese periodo en que todo el mundo se interesa por la cosa pública, leerá, discutirá, obrará y la idea, entonces mas concreta y precisa, tendrá, por si sola bastante fuerza para arrastrar a las masas. Sabemos también que durante la revolución no hubiera mas que dos partidos de lucha, la burguesía y el pueblo, la expropiación seria aceptada en toda su integridad inmediatamente de ser iniciada por un grupo cualquiera; pero además de la burguesía hemos de contar con muchos otros enemigos de la revolución social.

Todos los partidos bastardos que han surgido entre la burguesía y los socialistas revolucionarios; todos los que tienen hasta en la medula de los huesos el temo a la autoridad, consecuencia necesaria del respeto que durante tantos siglos se le ha tenido; todos los burgueses, en fin, que en el sufragio intentarán salvar sus privilegios y todos los que desplegaran fuera y astucia para que el pueblo abandone la presa que antes constituía su riqueza, sarán otros tantos factores que entrarán en el conflicto. Habrá también miles de individuos que en tono sentencioso aconsejarán al pueblo que es preferible contentarse con poco a perderlo todo; otros que intentaran hacer perder el tiempo y distraer el empuje revolucionario en vanos ataque contra cosas fútiles y hombres insignificantes, en vez de atacar resueltamente a las instituciones; habrá quien, querrá jugar al Sain-Just y a Rebespierre, en vez de hacer como los campesinos de la revolución; apoderarse de la riqueza social y ponerla inmediatamente a disposición del pueblo para éste se aproveche de ella.

Para evitar este peligro no hay por ahora mas que un medio, y es el de trabajar incesantemente desde ese momento, para difundir la idea de expropiación por todas partes, con nuestros actos y nuestras palabras; que nuestras acciones se inspiren en ese principio, que la palabra expropiación penetra hasta en los mas obscuros países; que sea discutida en pueblos y aldeas y venga a ser para obreros y campesinos una parte integrante de la anarquía, y solo entonces podremos estar seguros de que el día de la revolución esta palabra se pronunciará en todos los labios, se levantará formidable empujada por el pueblo en masas t la sangre proletaria no se habrá derramado estérilmente.

He ahí la idea que se abre paso entre los anarquistas de todos los países. El tiempo apremia, pero esto mismo nos dará nuevas fuerzas y nos hará redoblar nuestra energía para llegar al fin: sin esto todos los esfuerzos y sacrificios del pueblo serán nuevamente perdidos.

II

Antes de exponer nuestra opinión sobre la expropiación, hemos de contestar a una objeción, débil en teoría, pero, sin

embargo, muy generalizada. La economía política, la pseudociencia burguesa por excelencia, no cesa de ponderar en todos los tonos las ventajas de la propiedad individual. "ved sino, dice los economistas, los prodigios que hace el campesino cuando llega a ser propietario del suelo que cultiva; como ara y remueve la tierra de su campo y las cosechas que arranca a una tierra con frecuencia ingrata; ved, en fin, lo que la industria ha realizado desde que se liberó de las trabas y fiscalizaciones de la veeduría. Pues bien, todos estos prodigios son debidos a la propiedad individual".

Pero los cronistas no concluyen aquí. " la tierra a quien la cultiva" dice, y a continuación añaden; "la tierra para el señor que se hará cultivar por asalariados".

Tan incongruente modo de discurrir tiene todavía muchos defensores, que lo repiten sin más reflexión. Nosotros los "utopistas", por serlo precisamente, procuramos ahondar la cuestión, la analizamos, y he aquí lo que deducimos en consecuencia.

En los que a la tierra se refiera convenimos en que el cultivo es mucho mejor cuando el campesino es propietario de ella. ¿Pero a quien, señores economistas, comparan ustedes al pequeño propietario agrícola? ¿Es, por ejemplo, a una de esas comunidades de doukhoborsi (defensores del espíritu), que al instalarse en las orillas del amor ponían en común sus bestias de labor y en trabajo de la juventud animosa, había pasar el gigantesco arado arrastrado por cinco y seis pares de bueyes sobre la tierra poblada de maleza, bautizan juntos sus casas y se hallaban desde el primer año ricos y prósperos, mientas que el emigrado individual y aislado que ensayaba el cultivo de los hondos pantanos, mendigaba al Estado algunos kilos de harina? ¿Es a una de esas comunidades americanas de que nos habla nofdhof que luego de haber dado a cada miembro de la comunidad, hombres y mujeres, casa y comida, alcanzan hoy una suma de cien dólares por individuo para que cada cual pueda adquirir instrumentos de música, objetos de arte y mil otras cosas que no se hallan en los comercios de la comunidad?

¡No! Buscar, inquirir, acumular por si mismo los hechos mas contradictorios, para apoyar o rechazar una hipótesis, es bueno para Darwin; la ciencia oficial prefiere la ignoriacia y se contenta con comparar al campesino propietario, al siervo, al arrendador, al

tributario.

Pero el siervo, al trabajar la tierra de un señor, ¿ignoraba acaso que este le arrebataría toda la cosecha, salvo una pequeña ración de hierra y centeno, lo preciso para tenerse en pie? ¿no sabia también que era inútil inquietarse por el trabajo, puesto que al llegar la primavera tendría que comer como las bestias de campo, hierbas y carroñas; como viven los campesinos franceses antes de 1789, y que además, si tenia la desgracia de enriquecerse un poco seria víctima de todas las persecuciones interesadas del señor? Como sabia todo esto prefería trabajar lo menos posible y cultivar la tierra del peor modo que sabía. ¿Y aún hay quien se extrañe de que los nietos de aquellos campesinos cultiven mejor los campos cuando saben que podrán beneficar de su cosecha tanto mas cuanto mas abundante sea?

El arrendador medianero era ya un progreso sobre el siervo. Sabía que la mitad de
la cosecha le seria arrebatada por el señor, pero no ignoraba que la otra mitad quedaba para el. A pesar de esta condición, abominable según nosotros, muy justa según los economistas, se mejoró el cultivo de la tierra, tanto cuanto era posible, dados los medios con que contaba.

El colono, si un contrato es para muchos años y las condiciones de este no son muy onerosas, si conseguía hacer alguna economía por mejorar el cultivo o ponía algo de capital, trabajaba de modo que reoresentaba un paso más en la vía del mejoramiento agrícola. Y en fin, el agricultor propietario, si la compra de su campo no le ha hecho esclavo del usuroro, si ha podido crearse un fondo de reserva, cultva mucho mejor naturalmente que el siervo, el mediero y el colono arrendatario, porque sabe que luego de los impuestos y la parte del león de su acreedor, lo que arranque a la tierra tras ruda labor será para él.

¿Pero qué podemos deducir de estos hechos? Pues, sencillamente que a nadie le gusta trabajar para otro y que jamás la tierra se cultivará debidamente si el campesino sabe que de uno u otro modo lo mejor de sus cosechas ha de ser devorado por el gandul cualquiera, señor, burgués, usurero o estado. En cuanto a hallar enestos hechos el menor punto de comparación entre la propiedad individual y la posesión colectiva, es preciso estar

bien dispuesto a deducir consecuencias lógicas de los hechos consumados.

Pueden secarse además otras conclusiones de otros hechos.

El trabajo del mediero y del colono de que hablamos, y sobre todo el del pequeño propietario, es mas intenso que el del sirvo o el esclavo; pero sin embargo, no bajo el sistema de arriendo a medias, ni bajo el del colono, casi duelo del suelo durante un numero de años determinado, no bajo el del pequeño propietario; la agricultura no prospera. Hace medio siglo se pudo creer que la solución de la cuestión agrícola se había hallado en la distribución del suelo en pequeñas propiedades, porque en esta época un campesino hecho propietario empezaba a gozar un poco su trabajo; esta pequeña mejora en la condición del campesino era más llamativa porque contrastaba con la miseria del siglo anterior. Pero esta edad de oro de la pequeña propiedad agrícola, pasó fugaz como un relámpago. Actualmente el campesino por poseer una pequeña parcela de terreno sufre toda clase de privaciones y miserias; se endeuda y se convierte en presa de negociantes en caballerías, del usurero, del corredor de fincas: el pagaré y la hipoteca arruinan poblaciones enteras, bastante mas todavía que los impuestos del Estado y el Municipio. La pequeña propiedad se deba en la agonía y si el campesino lleva aún el nombre del propietario, no es en el fondo mas que un esclavo de burgueses y especuladores. Trabaja con la esperanza de que algún día pueda librarse de sus deudas, pero éstas aumentan hasta confundirle y desesperarle.

Para cada uno que prospera, muchos miles acosados por la usura y los impuestos, no tienen otra redención que la revolución.

¿De donde provienen estos hechos probados por muchos volúmenes de estadísticas, que destruyen completamente esas teorías sobre la bondad de la propiedad individual?

La explicación es bien sencilla. No está en la competencia americana; antes de ésta el pequeño propietario estaba peor que hoy, si cabe; no está en los impuestos solamente; si reducimos éstos, el proceso será mas lento, pero no se detendrá en su marcha. La explicación estpa en que la agricultura en Europa, luego de un estacionamiento de quince siglos empieza desde hace cincuenta

taños a hacer algún progreso. Tiene todavía necesidad, por no bastarse a si misma en sus crecientes desenvolvimientos, de recurrir al préstamo que el banquero le facilita y a la protección interesada del cacique o el usurero de la población; el precio elevado de la tierra, acaparada por los ricos, para cazar u otras distracciones, o por necesidades de tráfico o de la industria, son causas que explican en parte el fracaso de la pequeña propiedad de los campos y los insignificantes progresos de la agricultura.

Analicemos el primero de estos factores, el más general según nuestro modo de ver. Para sostenerse ante los progresos de la agricultura, para poder vender al mismo precio que quien ha introducido la maquina de vapor entre los instrumentos de cultivo y acrecienta las cosechas con abonos químicos, el campesino, el pequeño propietario debe disponer de algún capital que le permita introducir alguna mejora en la explotación de la tierra. Sin este capital o fondo de reserva no hay agricultor posible. La casa se desmorona, el caballo envejece, el arado se usa, el carro se deshace y todo esto es preciso además aumentar la aparcería, procurarse instrumentos mas perfeccionados y mejorar los campos. ¿Qué hace antes tales necesidades? Practicando el sistema de heredero único, que sólo sirve para despoblar los campos, no adelanta nada en el sostenimiento de la propiedad. Manda a su hijo a la ciudad, refuerza el proletario urbano, y él mismo hipoteca, se endeuda y se convierte en siervo; siervo del gran propietario, del corredor de fincas, del usurero, como en otro tiempo lo fue su abuelo del señor de la región.

He ahí lo que sucede hoy con la pequeña propiedad agrícola. Los que entonan canticos de alabanza hacia ella están atrasados en el mas de medio siglo; razonan sobre hechos observados hace 50 años; ignoran la realidad del presente.

Esta solo afirmación contenida en dos palabras; “Sin fondos de reserva no ha agricultura”, expresa todo un mundo de verdades, sobre las cuales debieran reflexionar los “nacionalizadores del suelo”.

Si los partidarios de Mr. Henry George consiguieran despojar a los lords ingleses de todas las propiedades y éstas se distribuyeran por pequeñas porciones entre cuantos quisieran cultivarlas, o anulando el precio del arriendo, la agricultura

mejoraría durante veinte o treinta años, al fin de los cuales nada se habría adelantado, el problema estaría por resolver.

La tierra exige muchos cuidades, para obtener veintinueve hectolitros de trigo por hectárea como han obtenido en Norfolk, y hasta treinta y seis y cuarenta y dos, cantidades que deben tomarse como novela, es preciso trabajar a la moderna, dejar el campo sin una piedra, remover muy hondo, substituir el asador por el arado a vapor, mantener en buen estado los caminos que den acceso a los campos cultivados y destruir todas las malezas inmediatas que puedan mermar la espontaneidad productora y la fecundidad introducida por los abonos químicos. De este modo trabajaba la tierra, puede abastecer con exceso a la humanidad en sus múltiples y crecientes necesidades.

Todo esto exige gastos y una cantidad tan grande de trabajo que una sola familia no puede hacer; por eso la agricultura no progresa con la rapidez que debiera. Para obtener las cosechas que con el cultivo intenso se obtienen ya en nuestros días, es preciso gastar en trabajo casi ignorado por los pequeños propietarios, michos miles de pesetas en una hectárea de terreno. Y esto solo puede hacerlo los capitalistas y nunca el pobre campesino, que, si posee alguna economía, es debido a privaciones que rebajan su condición de ser humano. La tierra pide al hombre un esfuerzo y un trabajo vivificador. Para ella devolverle la lluvia prodigiosa de doradas espigas, pero el hombre no acude, sino el esclavo, y la tierra hace muchos siglos que puede hombres libres. El obrero encerrado toda la vida de los talleres, fabrica tejidos maravillosos para los rajahs de la India, para los negociantes de esclavos en África, para las señoras de los potentados, para cuantos en el mundo no producen nada; se llenan de ricas telas y otros productos de exportación de los mercados extranjeros, y el obrero se pasea con los brazos cruzados alrededor de la fabrica silenciosa; es que ha llegado la crisis industrial, sobran brazos en las ciudades; mientras tanto la tierra, abandonada de cultura, apenas puede satisfacer las necesidades de unos cuantos millones de parásitos que consumen lo mejor de sus frutos; para la generalidad no hay frutas sabrosas ni pan blanco; la carne es articulo de lujo para muchos millones de seres humanos en la civilizada Europa.

Además de los que cotidianamente trabajan la tierra ésta

necesita muchos millones mas de brazos en ciertas épocas, para mejorar el cultivo, para despedregar las lomas, para secar los prados, para ayuda r a las fuerzas naturales a crear un suelo rico, universalmente fecundo. Necesita que la ciudad le mande sus brazos, sus maquinas, sus motores, y todo esto queda incativo o en movimiento para producir con que satisfacer la vanidad de los holgazanes del mundo entero.

Lejos de ser un manantial de riqueza para la nación, la propiedad individual se ha convertido en obstáculo al desarrollo de la agricultura. Mientras que alginos innovadores ensayan nuevos procedimientos de cultura para la tierra, ésta continúa estacionada en casi toda la vasta superficie de Europa, gracias a la propiedad individual.

¿Se sigue de aquí que la revolución social debe hacer desaparecer todos los limites de la propiedad, todos los valles y cercados, para hacer psasr por encima el arado a vapor y establecer el cultivo científico, como lo han intentado ya algunos reformadores autoritarios en provecho propio naturalmente?

Ciertamente, por nuestra parte, lo aprobados con todo nuestro entisiasmo, pero por el momento nos guardaremos mucho de tocar la pequeña propiedad que el campesino trabaja el mismo con sus hijos, librándose de la esclavitud del salario. Pero lo que haríamos desde este momento es expropiar todo lo que no está cultivado por las actuales propietarios del suelo; y cuando la revolución social sea un hecho cumplido, cuando el obrero de la ciudad no trabaje más para un amo, los grupos de trabajadores, alegres y gozosos, se trasladarán a los campos a dar a la tierra expropiada el cultivo que falta, y transformar en algunos días los montes estériles poblados de maleza, en fértiles y productivos, aumentando la riqueza hasta poder decir a todo el mundo "tomad cuantos deseéis, que hay de sobra". Los productos ricos y variados que la tierra, la luz, el calor y el trabajo nos den con abundancia son accesibles a todos los seres... Respecto a los pequeños propietarios ¿Creéis que no pedirá el misma entrada en la gran familia?

El cultivo del suelo hecho en común será el lazo de unión entre la ciudad y la aldea; las fusionará un solo jardín, cultivado por una sola familia. Los Mommoutk-Fanms, de los Estados Unidos, donde el cultivo se hace actualmente en grandes proporciones

por millones de harapientos, alquilados para algunos meses y despedidos luego de terminadas las labores, serán en el porvenir parques de esparcimiento y alegría para los obreros de la ciudad.

El porvenir no pertenece a la propiedad individual, al campesino esclavo de una pequeña propiedad que produce apenas el pan de su familia sino al cultivo comunista, porque solo así podremos obtener la tierra cuanto de ella necesitamos.

***

¿Es acaso en la industria donde hallaremos las bondades de la propiedad individual?

No nos extendamos mucho sobre los males que engendra en la gran industria la propiedad privada, el capital. Nosotros los conocemos bastante. Miseria del obrero, inseguridad del mañana, zozobra continua; crisis, huelgas forzosas, explotación de las mujeres y los niños, degenracion de la raza. Lujo insano de los holgazanes y reducción del obrero al estado de bestia de carga, privado en absoluto de tomar parte e los goses del saber, del arte, de la ciencia. Todo esto se ha dicho ya tantas veces que nos parecio inútil repetirlo aquí. Guerras por la explotación y dominación del mercado; guerras interiores, elercitos colosales, presupuestos monstruosos, exterminación de generaciones enteras; desaprobacion moral de los desocupados; falsa dirección que dan a la ciencia, al arte, a los principios éticos. Gobiernos fuertes que se hacen necesarios para impedir la subleacion de los oprimidos; las leyes, sus crímenes, sus verdugos y sus jueces, la presión, la esclavitud, el servilismo, depravación, he ahí todo lo bueno que puede producir la propiedad y el poder autoritario y reaccionario que ella engendra.

¿es que a pesar de todos sus vicios, de todos sus defectos, la propiedad provada nos hace algún servicio que atenúe sus males? ¿Es que dada la estupidez humana de que nos hablan nuestros directores, es tavez el único medio de sostener en pié lo existente? ¿Le debemos quizás el progreso industrial y científico de nuestro siglo? Si así no es, así lo dice al menos algunos “sabios”. Pero puesto que tal afirmación parece una verdad dudosa, veamos en que se basan sus argumentos.

¡Sus argumenos! El único que han podido adelantarnos helo aquí: "ved los progresos que ha realizado la industria desde hace cien años, desde que se ha emancipado de las trabas corporativas y gubernamentales". Fijaos en los caminos de hierro, en los telégrafos, en esas maquinas que cada una reemplaza el trabajo de cientos de personas, que lo fabrican todo, desde el volante que pesa varias toneladas hasta las mas finas blondas. Pues todo es debido a la iniciativa privada, el deseo del hombre a enriquecerse.

Es cierto que los progresos realizados en la producción de cien años, son verdaderamente asombrosos, y precisamente, dicho sea de paso, se impone una transformación que nos ponga a todos en el derecho a participar de estos progresos. Pero ¿es cierto que debamos al interés personal, a la avaricia del burgues los progresos realizados? ¿No ha habido otros factores mas importantes que hayan producido los mismos resultados, y hasta que hayan podido contrarrestar los efectos funestos de la rapacidad de los industriales?

Estos factores existen y nos son conocidos. Para ver su importancia nos basta con nombrarlos. En primer caso se halla el vapor, debod a la iniciativa de quin ambicionaba riquezas, y a los motores en sus diferentes tipos, maquinas cómoda, manejable, dispuesta siempre a trabajar y que es sin disputa lo que ha revolucionado la industria. La creación de las industrias químicas, cuya importancia es tan manifiesta, ha contribuido poderosamente, según el decir de los técnicos, al desenvolmimiento industrial de cada nación. Estas son completamente de nuestro siglo: recordad sino lo que rea la química en el siglo pasado. Otro de los factores es el movimiento de ideas producido desde últimos del siglo XVIII que, desprendiento al hombre de sus concepciones metafísicas, ha podido hacer descubrimientos físicos y mecánicos que han dado empuje a la industria. ¿Quién osará decir, en presencia de estos factores poderosos, que la abolición de la fiscalización corporativa y gubernamental fie mas importante para la industria que los grandes descubrimientos de nuestro siglo? Y dados estos descubrimientos, ¿Quién afirmará que un modo cualquiera de producción colectiva no hubiera aportado mayor beneficio a la humanidad que la industria privada?

En cuanto a los descubrimientos mismos, en necesario ser

ignorante hasta el punto de no haber leído la biografía de ningún inventor, ni haber conocido a ninguno de ellos, para suponer que uno solo haya sido empujado al estudio y al trabajo por la sed de riquezas. Tal suposición seria una infamia, un sacrilegio. La mayor parte han muerto en la miseria, y de todos es sabido que la propiedad privada ha retardado la aplicación práctica de los inventos y la mejora soñada por los grandes innovadores.

De otra parte, para sostener las ventajas de la propiedad privada sobre la posesión colectiva, seria necesario probar que este sistema se opusiera a los progresos de la industria. Sin esta prueba de inducción no tiene ningún valor. Y esta tesis es insostenible por la sola y buena razón de que jamás hemos visto una agrupación comunista en posesión del capital necesario para ensayar una gran industria, y oponerse a la introducción en esta industria de nuevos inventos.

Al contrario, por defectuosas que hayan sido las agrupaciones corporativas que hemos visto surgir, por grandes que hayan sido sus defectos, nunca han pecado de resistencia ante los progresos industriales.

Tenemos mucho, por cierto, que decir en contra las diversas instituciones que se han ensayado con carácter colectivo desde hace medio siglo, pero el mayor de los reproches que podríamos hacerles, serie seguramente el de no haber sido bastante colectivas. A las grandes sociedades de accionistas que han abierto los istmos y perforando los montes, les reprochamos sobre todo haber establecido una especie de patronato anónimo y de haber llenado de esqueletos humanos cada metro de canales y túneles. A las corporaciones obreras reprochamos de haber constituido una especie de aristocracia privilegiada, que no tiene otra finalidad que explotar a sus hermanos; pero no a unas ni a otras se les puede acusar de espíritu de inercia, de hostilidad a las mejoras de la industria. La única enseñanza que podemos sacar de estas empresas colectivas intentadas hasta hoy, es que cuanto menos ha sido el interés individual y el egoísmo personal de sus miembros, mayor ha sido el éxito alcanzado.

Resulta, pues, de este análisis forzosamente breve, que cuando nos ensalzan las ventajas de la propiedad personal, tales afirmaciones son una superficialidad verdaderamente estúpida

o apasionada. No debemos sin embargo, preocuparnos de ellas; procuremos determinar bajo qué forma debe presentarse la apropiación personal para todos de la riqueza social; y ensayemos la tendencia de la sociedad moderna y, apoyándonos en esta base, intentemos descubrir que forma debe tomar la expropiación cuando llegue la próxima revolución.

III

Ningún problema tiene tanta importancia como el que tratamos, y por eso invitamos a nuestros compañeros a estudiarlo bajo todos sus aspectos, y a discutirlo constantemente en vista de que su realización se impondrá mas pronto o mas tarde. De aplicar bien o aplicar mal la expropiación, depende el éxito definitivo o el fracaso temporar de la revolución.

Nadie, en efecto, entre nosotros, debe ignorar que toda tentativa de revolución está condenada al fracaso anticipadamente, sino responde a los intereses de la mayoría y halla el medio de satisfacerlos. No es suficiente defender un noble ideal. El hombre no vive solamente de grandes ideales, elevados y elocuentes discursivos, sino que además necesita pan: el estomago tiene mas derecho que el cerebro, pies es él quien da vida a todo el organismo. Así pues, su al dia siguiente de la Revolución las masas populares no tiene mas que frases para alimentarse, si no reconocen con hechos tangibles evidencia que la situación de ha transformado ventajosamente para ellas, comprensan muy pronto que no han adelantado nada. Solo quedará del movimiento a unirnos a las ingratas tareas de Sisyphe (El término «trabajo de Sísifo», que se utiliza en la actualidad para describir un trabajo duro que debe hacerse una y otra vez, tiene su origen en el castigo de Sísifo) dando vueltas a la roca eternamente.

Para que la revolución sea algo mas que una palabra, para que la reacción no nos arrastre desde el siguiente a la situación de las víspera, es preciso que la conquista del día valga la pena de ser defendida; que el miserable de ayer no sea hoy miserable. Recordemos aquellos cándidos republicanos de 1848 soportando “tres meses de miseria por servir al gobierno provisional”. Estos tres meses de hambre fueron aceptados con entusiasmo, y no les faltó

el pago a su debido tiempo con la leal moneda de la metralla y la deportación. Los desgraciados habían creido que con los penosos meses de espera había tiempo suficiente para redactar las leyes bienhechoras que debía transformarles en hombres libres, asegurándoles, mediante su trabajo, el pan de cada dia. En vez de pedir, ¿ no hubiera sido más practico tomarlo? En vez de esperar la redención de un gobierno ¿no es preferible procurárselo uno mismo?

Y no es que el espíritu de sacrificio no sea una noble y hermosa condición; pero esto no es sacrificarse por nada santo, sino al contrario traicionarse a sí mismo, abandonar en su desgracia a cuantos vienen con nosotros. Que los combatientes mueran está bien. Pero al menos que su muerte sea útil. Que los hombres generosos se sacrifiquen, nada mas justo y humano; pero es preciso hacerlo de moto que las multitudes se aprovechen del sacrificio de los bravos y los buenos.

Solo la expropiación puede satisfacer la gran masa de desgraciados y oprimidos. De la teoría hay que hacerl pasar a la practica; pero para que la expropiación responda al principio de dar todo a todos suprimiendo la propiedad privada es preciso que se realice en vastas proporciones. La expropiación en pequeño no pasaría de ser un vulgar pillaje; en grande es el principio de la reorganización social. Seriamos, sin duda, unos supinos ignorantes de las leyes de la historia, se creyésemos que, de un solo golpe todo un vasto país podría convertirse en nuestro campo de experiencias. Francia, Europa, el mundo entero no se harán anarquistas por una transformación inmediata; pero tenemos por un lado la maldad de los gobiernos, sus ambiciones, sus guerras, la bancarota que a todos amenaza, y de otro lado la propaganda incesante de las ideas; uno y otro producirán desequilibrios en el orden social: revoluciones durante los cuales podremos trabajar para nuestra causa. ¡cuantas veces los revolucionaros han sido sorprendidos por los acontecimientos, han visto pasar momentos muy oportunos para defender prácticamente sus ideales sin poderlos realizar!

Pues bien, cuando estos días vuelvan, a nosotros corresponde precipitar su llegada, cuando toda una región, cuando grandes ciudades con sus arrabales se hayan emancipado de sus

gobernantes, nuestro trabajo está trazado; lo primero es poner a disposición de cada comunidad los instrumentos de trabajo, y que el "haber" social detentado por los particulares vaya a poder de sus verdaderos dueños: que todo el mundo tenga parte en el consumo; que la producción pueda hacerse con todo lo que ella tiene de necesaria y útil, y que la visa social, lejos de verse interrumpida, tome mas empuje y energía. Sin la tierra que nos da la subsistencia de la vida, sin los almacenes que encierran los productos acumulados del trabajo; sin las fabricas y talleres que producen telas, metales labrados t mil objetos de la industria y el arte, así como sin los medios de defensa, sin los caminos de hierro y otras vias de comunicación que nos permitan el cambio de productos con las ciudades libres, con las aldeas y los pueblos emancipados, y para combinar además nuestros esfuerzos de resistencia y ataque, sin todo esto, estamos condenados anticipadamente a perecer como el pescado fuera del agua, sin poder respirar sumergido en el océano inmenso del aire.

Recordemos la huelga de maquinistas de los ferrocarriles que tuvo lugar en america hace algunos años. El publico en masa reconocía la justicia que asistía a los huelguistas; todo el mundo estaba harto de las insolencias de las compañías, y se alegraban de verlas reducidas a la decisión de sus obreros. Pero cuando las compañías, dueñas de las vias y las locomotoras, no pudieron servirse de ellas; cuando todo el movimiento de cuando fue interrumpido; cuando los víveres y géneros de toda clase aumentaron de precio, la opinión publica cambió de rumbo. "más que las compañías que nos explotan y fastidian, nos perjudican esos huelguistas, por cuyas pretensiones morimos de hambre." Así expresaba la multitud su ultima opinión, y debemos tenerla muy en cuenta. Es preciso que todos los intereses de la masa general queden a salvo de estos conflictos y que sus necesidades al mismo tiempo que sus instintos sean completamente satisfechos.

Por eso no es suficiente reconocer el principio, es preciso aplicarlo.

La estupidez pone en boca a nuestros enemigos la siguiente necedad: "intentad tocar su pequeña parcela al campesino, o sus pobres efectos al obrero y veréis como os reciben con la hoz o el bastón en la mano" ¡muy bien! Pero ya lo hemos dicho en otra

parte; no tocaremos jamás la pequeña propiedad del campesino o el obrero. No guardaremos mucho de atacar a nuestros mejores amigos, a los que sin saberlo hoy serán mañana nuestros aliados mas entusiastas. La expropiación se hará en beneficio de ellos. Sabemos que existe un término medio de rentas y que los que viven bajo de estás sufren escasez y penurias, mientras que los que gozan de mas que este termino medio derrochan en lo superfluo cuanto les permite la cuantía de su fortuna. En cada ciudad, en cada pueblo varía el número de los que viven en la abundancia y los que sufren en la miseria; pero el instinto popular no se engañará, y sin que sea necesario hacer estadísticas ni en bueno ni en mal papel, llenar de cifras muchos no pocos volúmenes, el pueblo sabrá hablar en su bien.

En nuestra hermosa sociedad, una pequeña minoría se ha adjudicado a sí misma lo más sano de las rentas nacionales, con las cuales se ha construido palacios creado sitios de recreo en todas partes, y con el nombre de moneda, billetes y otros papelotes acumula en la banca todo cuando representa el valor del trabajo humano. Esto es precisamente de que hay que secuestrar y, de un solo golpe, se liberte al pequeño propietario campesino, cada uno de cuyos arboles está gravado con una hipoteca; al pequeño tendero que vive abrumado por la amenaza constante de los vencimientos, y a toda esa multitud desgraciada que carece del pan cotidiano. De no proceder así, ¿puede ignorar esta multitud que del día de la expropiación depende al quedar libre o continuar miserable en eterna ansiedad? ¿obrará cuerdamente o bien consentirá la candidez de nombrar un gobierno provisional, compuesto de gentes de cutis fino y lenguas bien "habladas" para que se encargue de decretar la libertad, en vez de emanciparte ella misma? ¿no habrá peligro de que substituya los antiguos amos por otros nuevos? ¡Si quiere que su obra esté bien hecha, debe la multitud hacerla ella misma; si quiere ser traicionada que la confíe a delegados!

Sabemos que no basta con tener razón, no es lo suficiente el que los interesados lleguen a reconocer sus derechos, que son los de no vivir continuamente con la preocupación del porvenir y sin la humillación que representa obedecer a un amo; es preciso además que las ideas hayan cambiado con relación a la propiedad y que

la moral correspondiente se haya modificado en consecuencia. Es preciso comprender sin vacilación ni reticencia moral que todos los productos que constituyen el ahorro y los instrumentos del trabajo humano, son debidos al trabajo solidario de todos, y no pueden no deben tener más que un solo propietario; la humanidad. Hay que ver con claridad lo que realmente es la propiedad social de todos. Debemos secuestrarlo alegremente en beneficio de todo el mundo cuando llegue la hora de la reivindicación.

Durante las revoluciones pasadas, cuando se trataba de reemplazar un rey de esta familia por el de otra cualquiera o de substituir por abogados "la mejor de las repúblicas", los propietarios sucedía a los propietarios y el régimen social no cambiaba en nada su fondo: los carteles "pena de muerte al ladron" fijados en las puertas de los palacios estaban en perpetua armonía con la moral corriente y más de un pobre que tuvo valentía para apoderarse de unas cuantas pesetas o simplemente de un pan de la tahona, fue fusilado cuando ejemplo de la justicia del pueblo. Y el digno verdugo, encarnación de toda la infame solemnidad de las leyes que los acaparadores han redactado para defender sus propiedades, enseñaba con orgullo el cadáver yerto sobre los peldaños del palacio, y el publico lo aclamaba como un vengador del derecho, los carteles de 1830 y de 1848, no se devolverán a ver mas en las ciudades sublevadas. Donde todo pertenece a todos no hay robo posible.

"Tomad cuanto necesitéis, pero no derrochéis, porque todo esto os pertenece y luego tendréis necesidad" pero destruid todo cuanto debe ser destruido, bastillas y cárceles; las murallas que cierra las ciudades y los barrios insalubres donde tanto tiempo os habéis envenenado con su ambiente. Instalaos en los palacios y reducid a cenizas los infectos tugurios que os sirvieron de albergue. El instinto de destrucción, muy natural y justo, porque es al mismo tiempo al principio de renovación, hallará donde satisfacerse ampliamente. ¿Acaso no ha de rehacerse todo, casa, ciudades, instrumentos agrícolas e industriales y, en fin, todo el material de la sociedad entera?

A cada acontecimiento de la historia corresponde cierta evolución en la moral humana. La moral de los iguales no es la misma que el del rico caritativo y el pobre agradecido. Para un

mundo nuevo se necesita una fe también nueva, y lo que se anuncia es un mundo diferente al actual.

Nuestros adversarios lo dicen: "los dioses se van", los reyes desaparecen, al respecto y los prestigios de la autoridad se van perdiendo en el espacio que conquista la dignidad humana. ¿y quien reemplazará a los dioses, a los reyes y a los sacerdotes, sino el individuo libre, confiado en sus fuerzas? La fe desaparece: ¡Paso a la ciencia!

Los filántropos y la caridad sobran en la sociedad humana: ¡Paso a la justicia!

FIN

La Canción Demoledora (Alejandro Sux, 1906)

I

Voy a empuñar mi lira, no a pulsarla
Para entonar un himno de entusiasmo
Que con sus notas vigorosas pueble
De imágenes huermosas, los espacios;
No a pulsarla con lagrimas inútiles
Para que broten de sus cuerdas llantos;
¡voy a empuñarla, si, como si fuera
un hacha de gigante! ¡con mis manos
Quiero hacer un degüello que no deje
Una sola cabeza de falsario,
Una sola cabeza de canalla,
Una sola cabeza de tirano!
Quiero segar cabezas
Como se siega el paso!

II

Voy a empuñar mi lira
Con toda la pujanza de mis brazos,
Con el vigor de bronce de mis músculos
¡con toda la energía de mis años!
Quiero destruir – la destrucción abona, -
Todo lo que en el mundo sea falso,
Todo lo que en el cielo sea impuro,
Todo lo que en la tierra sea malo,
Todo lo que en el hombre sea infamia!
Quiero ser sanguinario!
Quiero abrsar con el calor que es vida,
La sangre de los pueblos desgraciados
Para que hechos volcanes, sus miserias
Vomiten sobre todos los tiranos!

III

Voy a empuñar mi lita, sí mi lora
Forjada con los hierros del esclavo,
Fundida en el crison de los dolores,
Pulida sobre el yunque a martillazos!
Voy a empuñarla cual se empuña un hacha
Para pulverizar a los peñascos
Donde se pose una injusticia, donde
La mentira se alce, y a pedazos
A los abismos arrojarlos quiero
Para allanar mi paso
Así, con los escombros de esa historia
Que escribieron con sangre los humanos!

IV

Voy a empuñar mi lira…
¡yo quiero descargarla con un rayo
Que parta las mezquitas, y los templos,
Tronche las cruces, hunda campanarios
Y en medio de los escombros del derrumbe
Los sacerdotes muertos aplastados!
Porque río de Dios, no me amedrenta
Su voz atronadora, ya levanto
Mi lira de rebelde, como el ángel
Luzbel, y le amenazo.
Cuando el ruje de rabia en las tormentas
Pulso mi lira y canto
Porque río de Dios; así haga o diga
¡me río de su voz y de su mano.

V

Voy a empuñar mi lira
Con toda la potencia de mis brazos
Para expulsar a Dios de sus dominios
Y llamar a los hombres a ocuparlos,
Voy a arrancar las vendas de los ojos

De todos los que nunca vieron claro,
Para que puedan conocer los mitos
Que para someterlos se inventaron.

Voy a romper de un golpe las cadenas
Que privan de luz al presidiario,
Para que forje con sus hierros rotos
Un formidable tajo
Y ajusticie con él a sus verdugos
Que son humildes siervos de tiranos.
Voy a llamar a todos los hambrientos
Que comen lo que tiran los lacayos
Cuando van a pedir a los señores
Las sobras de festín a sus palacios.

Voy a llamar a todos los que dejan
Palpitantes pedazos
De carne entre los hierros de la maquina;
A todos los que viven sepultados
En las negras entrañas de la tierra
A todos los ue mojan con sus llantos
Los surcos donde yace la simiente
Que será el alimento de sus amos;
A todas las mujeres prostituidas
Escanciadoras de placeres pagos;
A todas esas madres que a sus hijos
No pueden dar el alimento humano,
Ni el calor de sus besos y caricias,
Ni el refugio sin par de sus regazos;
A todos los pilletes que en la puertas
Amanecen helados;
A todos los maltrechos de la vida;
A todos los inválidos,
A todos los vencidos en la lucha
Por el pan cotidiano;
A todos los que lucen en sus carnes
La indeleble señal del latigazo;
A todos los que ostentan a sus cuerpos

El pus de las heridas, putrefacto...;
¡A todos los roñosos de las calles
Que vagan al azar hechos guiñapo!
¡a todos los que viven en montones
Cual si fueran gusanos!

Voy a llamar la chusma mancillada
Con todos los estigmas del pasado,
Lo que va al hospital, mora en la cárcel,
Su cuna es un zaguán, la calle un atrio;
Lo que tiene por cama
Umbrales, por colchón el empedrado
Y por lecho de muerte
Un perdido rincón en el osario!

Voy a llamarla, si, quero con ella
Marchar a la conquista de los astros,
Para dejar al cielo en tinieblas
Y el camino glorioso iluminarnos,
Con cada son hacernos una antorcha,
Mussalchis serán todos los esclavos
E iremos por los mundos
Las cosas carcomidas incendiando.

Los consejos de mi abuelo (R. R. Ayala Gauna)

Nunca cierres la boca de un niño cuando canta o ríe. Canta tú también con él, y ríe para que pueda reír aún mucho más.

No le cierres los ojos a la vida, todo niño es una vida en flor y es mejor que él la mire y no la adivine. Si adivina se puede equivocar. No silencies ni calles sus preguntas porque incomoden, no enmudezcas a su interrogación; los sabios no son niños y aún preguntan y son sabios porque saben preguntar.

Demostrarías saber muy poco, si creyeras que un niño es un hombre pequeño y como tal lo trataras, ¿acaso crees que una oruga es una mariposa pequeña? Podrás decirme que con el tiempo, la oruga se transforma en mariposa, y bien, el niño, solo a través, del tiempo llega a ser hombre.

Conduélete de los niños que no rompen sus chiches ni destrozan sus juguetes, son pequeños fetichistas que nunca descubrirán nada.

No dejes que las lagrimas puedan llegar hasta el borde de la boca de un niño, enjúgalas en seguida, porque su amargor tiene algo de veneno de la morfina, lo acostumbra y lo intoxica.

No pretendas que los niños lleguen a ti, si así lo hicieran, ellos te aventajaran en capacidad; llega tú hasta ellos, pues que res superior y haz sobre todo que puedan asomar hasta el borde de la fuente de la alegría.

No hagas que el niño vuele, no le des alas, no le obligues a volar, conténtate con enseñarle como se vuela, que, si él es capaz, ya volará solo y volará mucho mejor.

¿Nunca has consolado un niño triste? Pues entonces bien poco has hecho en la vida de valor. ¿acaso es tarea fácil consolar a un triste? Y si ese triste es un niño es más difícil aun, porque tú no comprendes su dolor.

Si vivir es caminar hacia la muerte, procura que su camino no sea el erial del dolor; aléjalo de la pendiente del vicio, cuida que no descienda por el plano inclinado de la miseria, que no se desbarranque entre los peñascos de la tristeza, que no descanse en la gruta de la ignorancia y sobre todo, arrójale la escala de tu verbo, si es que lleva la sumisión por compañía y la esclavitud por guía.

No le digas nunca; eso no se toca, o eso no se hace; demuéstrale el porqué sus causas sus efectos y no habrá menester que se lo prohíbas.

Los niños son flores, ¿habeis visto en un jardín como ciertas flores lucen mas gayos colores según la tierra donde están asentadas sus plantas? Esto te indica que no todas las flores necesitan la misma tierra, y bien, no a todos los niños le des las mismas ideas, las mismas razones.
Estudia lo que él necesita, lo que le conviene y verás como en el jardín una gama mejor y una selección superior.

Si quieres beber la cicuta del desprecio y sufrir los aguijones de la injusticia y la maldad, no tienes, sino que sembrar odios en el alma de un niño y tu serás la primera víctima de sus crueldades.

Para ser bueno no se necesita decirlo o predicarlo; es menester demostrarlo.

Un espíritu perverso se parece a los antediluvianos reptiles voladores, tanto puede arrastrarse por el fango, como volar sobre las zarzas.